



Culturales

ISSN: 1870-1191

revista.culturales@uabc.edu.mx

Universidad Autónoma de Baja California
México

Ortoll, Servando

Por las faldas del Volcán de Colima: cristeros, agraristas y pacíficos

Culturales, vol. III, núm. 6, julio-diciembre, 2007, pp. 147-151

Universidad Autónoma de Baja California

Mexicali, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=69430601>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LIBROS

Por las faldas del Volcán de Colima: cristeros, agraristas y pacíficos

Julia Preciado Zamora
CIESAS/Archivo Histórico del Municipio de Colima,
México, 2007

Servando Ortol

Una lección de historia que deleita

La obra que reseño posee todos los elementos para convertirse en referencia ineludible de la historiografía regional: es un libro que compara y contrasta la vida rústica de dos zonas prácticamente equidistantes de la ciudad de Colima, si bien ubicadas en regiones opuestas de las laderas del volcán; habla de cómo vivían no sólo los dos propietarios alemanes de sendas haciendas exitosas, sino también de los labriegos que se encontraban allí antes –y que permanecieron anclados en el mismo lugar después– de que

los hacendados Arnold Vogel y Enrique Schöndube marcaran con su presencia el destino de ambas comarcas.

Nos habla también de cómo los habitantes indígenas de Suchitlán y los mestizos de La Esperanza reaccionaron ante los embates de las políticas pro-agrarias y anticatólicas de los gobiernos de Colima y Jalisco durante los aciagos días de la Cristiada, y cómo se condujeron, años después, frente al reparto de tierras que fomentaron los funcionarios de la Reforma Agraria. Pero por encima de todo, esta obra está escrita con un estilo ameno, sin obviar un estricto apego a las normas académicas. *Por las*

Culturales

faldas del Volcán de Colima puede leerse como una lección de historia pero también saborearse como una obra literaria.

Quienes se acerquen a este libro descubrirán, además, que su autora hizo suyos los métodos de los antropólogos para complementar las historias olvidadas y enterradas durante décadas en los arrinconados archivos de la Secretaría de la Reforma Agraria. Con gran paciencia y respeto por el detalle, Julia Preciado fue hilvando muchas historias pequeñas (aunque no insignificantes) hasta convertirlas en una más grande e importante: la de un área cultural que abarcaba grandes extensiones pero que al mismo tiempo dependía, para su supervivencia comercial y política, de la capital del estado de Colima.

Dos inmigrantes alemanes que se salen de la norma

Vista a la distancia, la vida de los dos finqueros alemanes encierra un misterio; en particular, cuando se comparan sus biografías con las de otros inmigrantes de su país que llegaron a México alrededor del último cuatrienio del siglo diecinueve. Tradicio-

nalmente, estos inmigrantes –procedentes de casas comerciales ubicadas en Hamburgo o Bremen– llegaban muy jóvenes a México para adquirir experiencia en ultramar, “acumular capital con rapidez” y regresar posteriormente a la patria portando con ellos “gran parte del capital [...], ya fuese para invertirlo en la industria o para vivir la tranquila vida de un rentista” (Von Mentz *et al.*, 1982:124).

Como la gran mayoría de los migrantes alemanes que vinieron a México y que provenían de las clases medias bajas, sabemos que Arnold Vogel nació en Hamburgo y era hijo de padres pobres. Y como muchos de los integrantes de su generación, salió de su país por la incrementada pauperización de los Estados alemanes. Gente como Vogel o el mismo Schöndube –nacido en Rodensleben– buscaba “un país donde su propio trabajo y el de sus familias tuviera más valor”. (Von Mentz, 1983:447).

Para el caso de Vogel, de cuya vida estoy mejor enterado, puedo decir que, pese a sus orígenes pobres, estudió en buenas escuelas alemanas y, alentado por un jefe quien a su vez había

Culturales

vivido en México y labrado una gran fortuna, decidió buscar suerte en este país, adonde llegó en 1868, un año después de que las tropas francesas abandonaran México.

Vogel tenía entonces 20 años. A diferencia de sus conciudadanos, no vino a México a representar firma de negocios alguna o para iniciar un comercio propio. Y siete años después, en vez de acumular grandes riquezas para convertirse en un hombre de negocios independiente y quizá regresar a casa, Vogel –en una acción poco usual, desde la perspectiva de sus coetáneos germanos– se casó con una mujer de Tepic, o mejor dicho una mujer de Tepic lo cazó a él, y optó por residir en México. Otro tanto ocurrió con Enrique Schöndube –quien incluso debió españolizar su nombre, pues así aparece en los documentos legales–, y esto es lo que distingue a ambos individuos.

Fue gracias a las señoritas Quedo –mujeres oriundas de Tepic y dispuestas a abandonarlo todo, incluso zarpar a otras tierras por encontrar jóvenes alemanes con quienes contraer nupcias– que el comportamiento de Vogel y

de Schöndube resultó marcadamente atípico de los hombres alemanes de su época.

Las vidas de Vogel y Schöndube, si bien paralelas en cuanto a que se matrimoniaron con mexicanas y posteriormente se quedaron en México, fueron distintas en cuanto a su desarrollo. Como hacendado “puro”, Vogel fue propietario de una gran finca cafetalera, y se dedicó a producir uno de los mejores granos en el mundo, galardonado por ello con varias medallas de oro en Europa y Estados Unidos. Enrique Schöndube, por su parte (13 años menor que Arnold Vogel), se dedicó principalmente a los negocios entre Colima y Jalisco. Con esto quiero decir que si bien en La Esperanza se cultivó arroz y caña de azúcar, la agricultura no formaba parte, al menos en principio, de los intereses primordiales de Enrique Schöndube.

Otros actores que descuellan

En las páginas de este libro despuntan otros actores sociales y políticos. Julia Preciado nos habla de los procederes anti-católicos de los gobernadores de los dos

Culturales

estados colindantes que antecedieron al levantamiento cristero, así como de las respuestas del obispo de Colima (quien se refugió en Tonila, perteneciente a su diócesis pero que se encontraba –y se encuentra– en Jalisco) y del arzobispo de Guadalajara. Las acciones rivales y encontradas de los líderes de los poderes terrenales y las autoridades divinas repercutieron ciertamente en el hacer de los habitantes de esa gran área cultural de la que se habla.

Los suchitlecos, encabezados por individuos tan pintorescos como asombrosos –pienso en Gorgonio o “Gorgoño” Ávalos, quien, para escapar a las balas de sus enemigos cristeros, podía convertirse en gallina con pollos o en perra destetada, según los decires de los vecinos de Suchitlán–, optaron por respaldar al gobierno porque a cambio de ello recuperarían las tierras que un día vendieron al hacendado Vogel; los habitantes de Tonila (pueblecito de calles empinadas a unos minutos de la Hacienda de La Esperanza), que posteriormente se desplazaron al volcán para desde allí desarrollar sus actividades bélicas, se

pronunciaron abiertamente por el levantamiento cristero; por último, los vecinos de La Esperanza permanecieron impávidos ante la rebelión.

Por lo que han leído hasta el momento, concluirán que sólo los suchitlecos obtuvieron las tierras porque pelearon hasta obtenerlas. Pero ésta sólo es parte de la historia. Cómo se comportaron años después los ex combatientes cristeros de Tonila y los pacíficos de La Esperanza cuando el gobierno impuso el reparto agrario, es algo que deberán indagar a través de las páginas de este libro.

¿Y qué ha sucedido –se preguntarán– con la finca cafetalera de Vogel en San Antonio o con el pueblo empinado de Tonila? Don Juan Macedo López, quien pasó años de su infancia en la hacienda, nos cuenta:

Dicen las gentes de San Antonio que durante las noches se ve el fantasma de don Arnoldo recorriendo su heredad: camina con todo su alto cuerpo erguido, plateada su barba a la luz de la luna, brillando la leontina de oro que se escondía en la bolsa de pecho. Pasa su sombra por los corredores, penetra en la antigua fábrica y se pierde en la penumbra de la capilla...

Culturales

Para hablar de Tonila cierro con las memorias de Julia Preciado, quien registra así sus andanzas etnográficas:

Mientras caminaba por las pintorescas y bulliciosas calles empedradas de Comala, pensé que aunque la Comala de Juan Rulfo y el San Antonio de Vogel ya no existen, [...] siguen ahí. Ya un día en Tonila me sorprendió la noche, y al doblar por una esquina sentí que en cualquier momento podría encontrarme con Abundio. Llamé al zaguán de una vieja casa, porque me dijeron que ahí vivía don Agustín Quevedo. Mientras una mano quitaba la aldaba, y abría la carcomida puerta,

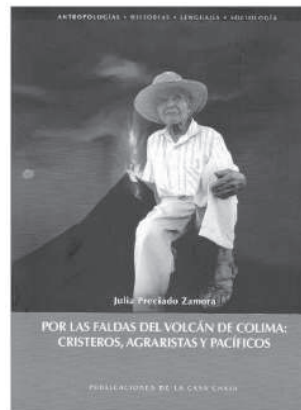
abrigué la esperanza de descubrir a Pedro Páramo acomodado en su equipal, llorando a Susana Sanjuan. (p. 105).

Fuentes citadas

MACEDO LÓPEZ, JUAN, "Don Arnoldo Vogel", *Ecos de la Costa*, (Colima), 26 de noviembre de 1955.

VON MENTZ DE BOEGE, BRÍGIDA MARGARITA, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.

—, Beatriz Scharrer y Guillermo Turner, *Los pioneros del imperialismo alemán en México*, CIESAS/Ediciones de la Casa Chata, México, 1982.



Por las faldas del Volcán de Colima: cristeros, agraristas y pacíficos

Julia Preciado Zamora
CIESAS/Archivo Histórico del Municipio de Colima, México, 2007, 255 pp.